



Lafora al terminar sus estudios de Medicina (1906).

quienes destaca el doctor Valenciano Gayá, inteligente y ameno autor de esta detallada biografía. ■ MANUEL GONZALEZ DE CHAVEZ.

## Teatro y sociedad

Emilio Salcedo, gran periodista, crítico teatral, colaborador en más de una ocasión en las páginas de TRIUNFO, es conocido, sobre todo, como autor del que ya puede contemplarse como un texto clásico en el tema, "Vida de don Miguel", la más rigurosa y documentada de las biografías de Unamuno.

Hace poco publicaba "Teatro y sociedad en el Valladolid del siglo XIX", libro de características un tanto insólitas, editado por el Ayuntamiento de aquella ciudad. Libro también ejemplar, dentro de su tono obligadamente menor, por lo que tiene de indagación singularizada y, a la vez, de propósito generalizador. De manera que, suministrándonos una serie de datos sobre la vida teatral de la ciudad —describiendo la historia de los locales, en buena parte abiertos durante la centuria, con relación de sus principales temporadas, censo de autores y comentarios de la crítica—, consigue establecer la relación entre la misma y la realidad social y política del Valladolid decimonónico, encuadrada a su vez dentro de las coordenadas nacionales.

Para el lector de mis críticas teatrales no resultará extraña mi valoración de ese tipo de investigaciones. Sin confundir la sociología con la poética, y sabiendo muy bien que esta úl-

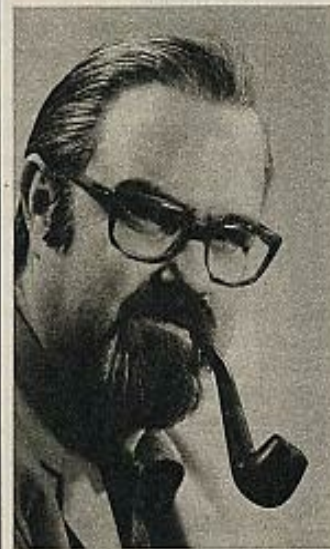
tima se traduce en una formulación específica, inmersa en las revelaciones sensibles que corresponden al arte, también soy de los que tienen claro que la historia del teatro es inseparable de la historia del medio social en que se produce. Y, por lo tanto, que resulta quimérico cualquier intento de comprensión "atemporalizada" de una obra teatral, tanto si pensamos en su obligada vinculación a su época como, de otra parte, en el carácter, asimismo condicionado por nuestro tiempo, de nuestras interpretaciones.

Trabajando en otro tema, buscando documentos y hurgando en las hemerotecas, Salcedo se encontró con una serie de materiales que le permitían esbozar una crónica del Valladolid decimonónico, a la vez que la de su teatro. La cita de Jovellanos —"Esta carestía de la entrada alejará al pueblo del teatro, y para mí tanto mejor. Yo no pretendo cerrar a nadie sus puertas; estén en hora buena abiertas a todo el mundo; pero conviene dificultar indirectamente la entrada a la gente pobre que vive de su trabajo, para la cual el tiempo es dinero y el teatro más casto y depurado una distracción perniciosa— le sirve a Salcedo para abrir una reflexión fecunda en sugerencias. Penosas, pero reales. Porque son muchos los testimonios, partiendo ya del muy autorizado de Jovellanos, que muestran no sólo la radical y dirigida separación entre el teatro y las clases populares —a las que se les reconocía el derecho a divertirse en su escaso tiempo de ocio jugando a la pelota o a los bolos, merendando, bebiendo o triscando por los campos, pero no a acceder a los espectáculos—, sino la función que, a través de ese monopolio, le fue asignada a la escena. Refiriéndose a la inauguración del teatro Lope de Vega vallisoletano, en diciembre de 1861, Salcedo nos da testimonios de una significación esclarecedora: "El pueblo será desplazado hacia las localidades altas, con peores asientos, más lejos del escenario, donde malamente se ve y no es visto, localidades que recibirán el nombre de paraíso porque se llega a ellas tras una interminable ascensión, o de gallinero, localida-

des más económicas desde luego y a las que se accede siempre por otras puertas sin posibilidad de coincidir con los elegantes del patio y los palcos. El teatro, como espectáculo, cumple al fin el sueño de los ilustrados y empieza a dejar de ser popular por algo tan simple pero tan decisivo". La crónica de la inauguración habla de los aplausos del elegantísimo público al arquitecto, a los propietarios y a los poetas que leyeron sus encendidos versos de circunstancias. La banda del Regimiento de Almanse tocó la Marcha Real en escena y el gobernador descubrió un busto de Isabel II. Se representaba "El premio del bien hablar", de Lope de Vega, y, curiosamente, el cronista prologaba su relato de los acontecimientos epilógicos diciendo: "Terminada la comedia, de cuya ejecución no nos ocuparemos, etc.". Es decir, que ni importaba la comedia ni el modo de hacerla, sino cuanto tenía el acto de afirmación clausista. El que, al final, el mismo revisero asegurara que aquella había sido "una preciosa página más que añadir a la crónica teatral y a la tan rica en timbres historia del teatro" prueba que no son de nuestros días los aires que intentan explicar el curso del teatro a la luz de la realidad social, sólo que cuando tales aires soplaban desde la derecha parecían "naturales" y ahora suenan a muchos oídos como una herejía artística.

A veces, cuando en tantos debates surge el tema del teatro

Emilio Salcedo.



popular, se tiene la sensación de hablar en el vacío, de querer forzar la naturaleza propia del teatro. En cambio, leyendo investigaciones como esta de Emilio Salcedo todo se ordena adecuadamente, y al clarificarse la historia "social" del "hecho teatral", la relación entre teatro, público, sala, circunstancias políticas y económicas, organización del teatro, literatura dramática y estética de la representación, uno comprende que buena parte de esa "naturaleza del teatro" es resultado de un conjunto de factores, las más de las veces examinados con apresuramiento o falta de información. El libro de Salcedo es un capítulo de esa historia social del teatro español que algún día será necesario escribir y que cuenta ya con varias aportaciones de enorme interés. En especial, el teatro del XVII. ■ JOSE MONLEON.

## El I Congreso de Escritores Españoles

Escribir en España es llorar, según la amarga frase de Larra, que, no por manoseada hasta convertirla en tópico, deja de reflejar una triste verdad. Si la tarea del escritor estaba frecuentemente empapada en lágrimas en el primer tercio del siglo pasado, en el último de la actual centuria no ha mejorado sensiblemente su situación. En el aspecto económico, porque aún abundan las gentes que consideran su labor como un "hobby" divertido y piensan que la satisfacción de una presunta vanidad literaria constituye recompensa sobrada a su trabajo para que encima pretenda vivir de los libros que publica. En el político, por la extremada dificultad y evidentes riesgos que implica decir lo que se siente en un país en que casi siempre hay que sentir lo que se dice. Y si incluso en pleno franquismo llegó a hacerse famosa la advertencia entre los botafumeiros del Caudillo de que "quien escribe se proscribiera", en todas las épocas de nuestra historia los versos de Quevedo han sido algo más profundo que un ingenioso juego de palabras. La demostración está en una larga lista —que va del arcipreste a Mi-

guel Hernández, pasando por Cervantes, fray Luis, Mateo Alemán, Espronceda, Martínez de la Rosa, Unamuno, Maeztu, Lorca, León Felipe o Machado— de nuestros más preclaros ingenios nacionales que hubieron de sufrir persecuciones y destierros cuando no padecer martirios o pasarse lo mejor de sus vidas en lugares "donde toda incomodidad tiene su asiento".

Plenamente conscientes de las dificultades con que habrán de tropezar en su empeño, los escritores españoles actuales tratan de mejorar en lo posible su situación moral y material. Si por un lado aspiran a vivir de su trabajo y que éste no implique los graves peligros que entrañó hasta fechas muy recientes, pretenden por otro que no sean letra muerta las leyes y disposiciones que les benefician y modificar las que con evidente injusticia les perjudican. Ejemplo de las últimas es la anticuada Ley de Propiedad Intelectual, que hace que ésta sea de las pocas propiedades que prescriben en un espacio de tiempo determinado con grave perjuicio para escritores, dramaturgos, poetas y músicos. Y como paso inicial para lograr sus aspiraciones está el Primer Congreso de Escritores Españoles, que va a reunirse en Almería durante los días 16, 17 y 18 del presente mes de febrero.

Convocado por la Asociación Colegial de Escritores, el Congreso, al que tienen ya anunciada su asistencia más de ciento treinta novelistas, críticos, historiadores, dramaturgos y poetas, debatirá en profundidad todos y cada uno de los problemas profesionales planteados en la actualidad, desde la defensa encendida de la libertad de expresión y el rechazo de toda censura hasta la implantación de un contrato-tipo de edición, pasando por los controles de tiradas, el imprescindible y urgente reglamento de aplicación de la Ley del Libro y el papel del escritor en la sociedad en que está inserto. Aunque sin vinculación directa con ninguna ideología determinada, los acuerdos y conclusiones que recaigan luego de la discusión del medio centenar de ponencias presentadas habrán de influir necesariamente en determinados puntos concretos de nuestra vida pública. ■ E. DE G.

## Signos de admiración

# ANTONIO ESPINA

MANUEL ANDUJAR

*Desde ultratumba para intratierra, recostado ahora en el siete cabalístico del particular obituario de los exilios —mediaba un loco, esperpéntico febrero—, el escritor matritense Antonio Espina resurge en alguna que otra memoria —la colectiva y bogante flaca suele ser— y nos exige la reparación, de conocimiento y valoraciones, que le es debida.*

*Con la desaparición de Antonio Espina quebrantada quedó, hasta fenecer, la tertulia apodada "Las Cortes de Cádiz", por la suma de liberales senectudes, en el café Lion, cónclave que celoso cronista reclama. Y ya no hay quien ampare las sombras fidedignas de Luis Candelas y de Romea, ni se empareje, a lo moderno de su tiempo y trance, a Larra, en el cedazo de los nerviosos, afilados y reveladores decirs.*

*Sin embargo, me cohibe la reverenda impresión de que hablo para contados supervivientes, pues asistimos a un parcial naufragio de la continuidad cultural española. Y escasean los capaces de calibrar la cristalografía de olvidos, amén de mezquindades, incomprendiones y rencores, registrados contra quien, como Antonio Espina, fue en letras y civismos nada más y nada menos que una ejemplaridad.*

*Un racimo de amigos lo acompañamos —16 de febrero de 1972— en su último viaje, por el nuevo y eructado Madrid a través. (Lírica alcayata semejaba, plenamente solitario después, José Bergamín, ligeramente recostado en un muro del Cementerio Civil.) Y recordamos que el adiós de Antonio Espina, entonces, cayó igual que una piedra en el estanque pútrido y que las ondas (¡oh, sarcasmo!) apenas se percibieron.*

*Se ha repetido, en el caso de Antonio Espina, una de las más siniestras constantes en la historia de nuestra literatura. Porque pocos admiradores y relatores procuran los que no se dedican a ejercicios circenses. Ser y estar en exhibicionista, cultivar perezas mentales, flatulencias y corusquerías léxicas, prenda de medro y éxito resulta en el invariado ruedo ibérico.*

*De ahí que parta la tarea paciente y lúcida, a largo plazo, a que importa convocar rectas voluntades y limpios ingenios, adquiera hoy singular virtualidad la figura, enmarcada por justa, aguda palabra y graves silencios, de Antonio Espina. Indispensable y acuciante rescatar la vital noticia del biógrafo impar, la concertada poética de un vanguardista de tanta enjundia tradicional y castiza, la ceñida y bella prosa de*



*uno de nuestros máximos creadores de estilo.*

*Con las siete muertes de Antonio Espina —precedió en unos meses el irreversible mutis de Max Aub y el mediterráneo, arbóreo colapso de Américo Castro— pretendo iniciar estos "signos de admiración", aquí y en el año de dos centenarios de nacencias: el de Albert Einstein —relatividades de toda genial cosmovisión!— y el de nuestro Gabriel Miró o la majestad de la ofrendada melancolía.*

*Gracias a Mercedes, la siempre viuda del autor de "Pájaro pinto", que al enviarme un ejemplar de "Larra", por Antonio Espina compuesto tras el pseudónimo de "Simón de Atocha" ("argamasa jornalera y propósito divulgador: bosquejo existencial, cuadro de época, semblanza, relación de obras, antología y florilegio crítico, ideario y anécdotas"), desencadenó emociones hoy sólo apuntadas.*

*Leo el reflexionar de Antonio Espina por Larra inspirado, la selección mensajera de los textos que el sonado suicida produjo. Sus voces se entremezclan y funden en el Parnaso. Emitidas de tales alturas no acierto a distinguirlas, sí en cambio el grado diferencial de sus mundanos reverses. De cualquier modo, la titulada posteridad, aledaña o lejana, otorgó a Larra un recitado salmódico, casi escolar, de subalterna beatería. A nuestro próximo y prójimo Antonio Espina le correspondió esa indiferencia desalmada que prolonga aún la red de asfixias a que la dictadura lo sometiera.*

*¿Cuándo se entenderá que al reivindicar a Antonio Espina —y a los semejantes marginados— intentamos recuperar una comarca de la identidad y autenticidad secuestradas? ■*